



LA «DOCTRINA SOCIAL»: DE LEON XIII A JUAN PABLO II

PHILIPPE I. ANDRÉ-VINCENT

El término de «doctrina social», pocas veces empleado por Pablo VI, ha vuelto a ser introducido con vigor por Juan Pablo II en las enseñanzas Pontificas¹. Fue en el discurso de Puebla cuando la «Doctrina Social» fue proclamada de nuevo y con una fuerza totalmente nueva. En su discurso de Puebla, de cara a los compromisos de la Iglesia con la sociedad en América latina, el Papa hace un llamamiento a los cristianos para que se inspiren en dicha doctrina:

«El tener confianza de modo responsable en esta doctrina social, aun cuando algunos se esfuercen por sembrar la duda y la desconfianza en su consideración, el estudiarla seriamente, intentar aplicarla, enseñarla, serle fiel, constituye para un hijo de la Iglesia una garantía de la autenticidad de su compromiso con los difíciles y exigentes deberes sociales, y con sus esfuerzos en favor de la liberación o de la promoción de sus hermanos»².

Ya no es posible reducir la «Doctrina Social» a una ideología surgida de una lectura intemporal de las Encíclicas³, pues tal reducción pierde de vista el contenido esencial de la misma: dejaría de lado las «verdades permanentes» que entretejen la Doctrina Pontificia⁴. Desde León XIII hasta Juan Pablo II, hemos asistido al desarrollo de una doctrina social continua y coherente, la cual no es sino la respuesta de la Iglesia a las necesidades de una sociedad víctima de una serie de contradicciones, que dejan al

1. No sin referencia a sus predecesores y a Pablo VI. Véase discurso de Puebla, *Doc. Cath.*, 1979, p. 171 b.

2. Discurso de Puebla, D.C., 1979, p. 172.

3. Es el intento de CHENU en *La Doctrine Sociale comme idéologie*, Paris 1980. La reducción de la Doctrina Social a una ideología deja de lado los valores permanentes que constituyen la Doctrina Pontificia, sometiendo los textos a una interpretación histórica basada en los elementos contingentes.

4. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, D.C., 1971, pág. 505 b.

desnudo estas mismas necesidades profundas. Frente a las ideologías que disuelven las realidades fundamentales de la familia y de la nación, frente a la atomización sistemática de las comunidades laborales y vitales, la Doctrina Social surge como una fusión de «principios para la reflexión y de normas para la acción»⁵.

Se trata de una «herencia sagrada», declaraba Juan Pablo II en Maguncia. Pero los católicos parecen haber olvidado este testimonio resplandeciente de la presencia de la Iglesia en el mundo. «No permitirás que se debilite esta herencia espiritual que habéis recibido de unos creyentes, precursores de la 'cuestión social'»⁶. Entre estos precursores, el Papa nombró a Ketteler, obispo de Maguncia. Habría que citar a numerosos católicos preocupados por la sociedad, laicos en la mayoría de los casos, que a lo largo del siglo XIX reivindicaron con gran clamor justicia para las víctimas de las legislaciones liberales, tanto artesanos como proletarios; una lista que abarcaría desde Montalembert y Lacordaire hasta de Mun y La Tour du Pin.

Pero ¿esta herencia nos podría impedir avanzar? El mismo Juan Pablo II nos demuestra lo contrario: el orden social cristiano avanza. Si bien la problemática de 1981 es totalmente diferente a la de 1891, las enseñanzas de la *Rerum novarum* constituyen el punto de partida auténtico de la Doctrina Social contemporánea, como ha afirmado Juan Pablo II en Roma, Maguncia, Filipinas, Monterrey y en São Paulo⁷. Existe, pues, un «cuerpo de principios» para el pensamiento y para la acción.

La encíclica Rerum novarum en su tiempo

En el siglo XIX, la cuestión social tenía sus raíces en el drama del proletariado surgido del encuentro entre la revolución liberal y la revolución industrial. En este sentido, la *Rerum novarum* hizo frente al drama y denunció su causa. La ley Le Chapelier había prohibido a los «obreros, artesanos y compañeros de cualquier oficio reunirse, deliberar, registrarse y tomar decisiones con el pretexto de sus pretendidos intereses comunes...». Incluida en el Código de Napoleón, esta prohibición transformaba el uso del derecho de asociación en un delito que fue perseguido por los tribunales en el curso del siglo XIX. Hasta 1881, en Francia el sindicalismo fue ilegal y permaneció en la clandestinidad. Privados por la ley de su derecho a asociarse para defender «sus pretendidos intereses comunes»,

5. Juan Pablo II cita a Pablo VI (*Octogesima adveniens* n.º 4).

6. Juan Pablo II ha recuperado la Doctrina Social: remontándose a León XIII y a la *Rerum novarum*, proclama la necesidad de «recordar los principios de la Doctrina Social» (D.C., 1980, p. 1144 a). La misma exhortación escuchamos en Terni, disc. «A los trabajadores» (D.C., 1981, pp. 375 y 376).

7. En Filipinas, Maguncia y Terni, ha evocado la *Rerum novarum* como «la primera encíclica social».



«los trabajadores, desconectados y sin defensa alguna, se vieron con el tiempo abandonados a merced de patronos inhumanos» y a la «codicia de una concurrencia desenfadada»⁸.

Por la legislación de 1790, los obreros se vieron despojados de su estatuto profesional. Pero este estatuto le fue poco a poco restituido. La aparición en 1891 de la *Rerum novarum* respondía a la necesidad de esta restitución, iniciada ya, aunque de manera muy incompleta, con la ley de 1881.

A partir de la *Rerum novarum*, y mediante la presión de los católicos entregados a la causa social, fueron promulgándose en numerosos países una serie de leyes sociales. Bajo el título de «derecho social» o «derecho del trabajo», estas leyes garantizaban a los obreros lo que les había sido negado de forma despiadada a lo largo de todo un siglo: seguridad en el trabajo y protección jurídica contra los accidentes, la enfermedad y la vejez. Aunque se trataba de la repercusión innegable de esta encíclica, dichas legislaciones se apartaron en algunos aspectos de las rutas que ella había trazado. Así, las funciones relativas a la Seguridad Social fueron asumidas por el Estado, en lugar de ser confiadas a los órganos corporativos administrados por los mismos interesados. De ahí que el sindicalismo evolucionara hacia la lucha de clases y no hacia la cooperación.

«Eclipse» de la Doctrina Social

Es un hecho que la encíclica contribuyó a la proliferación de sindicatos, especialmente entre los obreros y patronos católicos. Pero, conforme se iba desarrollando, el sindicalismo se veía alejado de sus objetivos cooperativistas y profesionales por obra de los partidos que lo implicaban en sus luchas. Durante la tercera República, en Francia, se completó la politización del movimiento sindical. Por su parte, a partir de la segunda guerra mundial, las grandes federaciones de la Europa de los nueve están en su mayoría dominadas por la lucha de clases, mientras que en los países del Este el sindicalismo queda estrechamente vinculado al «Partido».

Este fenómeno de la captación política del sindicalismo provocó una recesión de la Doctrina Social a mediados de siglo. En efecto, cuando se comparan las dos encíclicas que hacen referencia a la *Rerum novarum*, se advierte una cierta atenuación. La *Quadragesimo anno* y la *Octogesima adveniens* conmemoraron la encíclica de León XIII con cuarenta años de intervalo (1931-1971), y el cambio de óptica de la una a la otra es patente. Pío XI, siguiendo el ejemplo de León XIII, concedía un puesto preponderante al desarrollo de las instituciones sindicales de acuerdo con el prin-

8. *Rerum novarum*, Introducción (*in fine*). Lo mismo ocurrió en los países de Europa y de América latina que se amoldaron al Código de Napoleón.



cipio corporativo que le es propio; Pablo VI, en cambio, no hacía ninguna referencia a tal desarrollo. Y es que, en 1971, el sindicalismo aparecía definitivamente englobado en el movimiento de las estrategias políticas y de las ideologías.

La encíclica de Pablo VI se muestra muda en aquello que constituye precisamente el tema principal de la de Pío XI: la «restauración» del orden social cristiano. Por el contrario, se extiende al tratar las cautelas de la peligrosa cooperación entre cristianos y marxistas, precisando los resultados de los análisis del marxismo considerado como filosofía, como análisis económico y como estrategia.

La Doctrina Social responde a las necesidades expresadas por los laicos. Ahora bien, en 1971, «el orden social cristiano» no gozaba de buena prensa en los ambientes de Acción Católica: había llegado la hora de los «cristianos por el socialismo». En Francia, la A.C.O. se comprometió en la lucha de clases con unos enfoques de tipo marxista⁹ y, en general, la Acción Católica, concedió primacía a la presencia en el mundo, renunciando a defender las posiciones cristianas en la sociedad.

El eclipse de la Doctrina Social no correspondía únicamente a la evolución política del sindicalismo: coincidía con el deslizamiento de la sociedad entera hacia su atomización, a través de la asunción de todas las células sociales por la Colectividad. Así, los cristianos, con el pretexto de democratización, se inclinaban por la pendiente totalitaria de la sociedad nueva. Los grupos de Acción Católica renunciaron a los principios de libertad y subsidiariedad frente a la sistemática ingerencia del poder estatal en la vida económica y social. En materia de asistencia, seguridad, así como de enseñanza y educación, todo se abandonó en manos del Estado; y en la base de este abandono subyacía la pérdida de los principios.

Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, recordó la existencia de estos «principios» de juicio que constituyen «normas para la acción». Pero, entre los militantes comprometidos en el movimiento de la historia, ¿quién creía en 1971 en los «principios»?¹⁰. Los teólogos que los inspiraban habían reemplazado la Doctrina por la «Utopía cristiana». La luz venía del futuro. No era posible, pues, una doctrina: no había principios¹¹. Por lo demás, el movimiento de la historia discernía lo verdadero de lo falso apelando al porvenir: el primer principio consiste en observar y en secundar... El sentido carismático del acontecimiento reemplazaba, pues, a la Doctrina Social, la cual quedaba reducida a las dimensiones de una ideología superada¹².

9. Véase G. FESSARD, *France, prends garde de perdre ton âme*.

10. «No hay más que una sola y única norma de moralidad, la realidad histórica...» ha escrito SCHILLEBEECKX en *Concilium* n.º 36, p. 34.

11. Los «principios» no son más que «el balance de la historia precedente»; están, pues, desfasados en su formulación. *Ibid.*, pág. 37.

12. M. D. CHENU, *La Doctrine Sociale comme idéologie*. Tanto Chenu como

El eclipse de la «Doctrina Social», que los documentos preparatorios de la Asamblea de Puebla denunciaban, era así algo más que una simple ocultación del centro luminoso por la intromisión de un cuerpo extraño: significaba el deseo de constituir un nuevo centro. La Doctrina Social desaparecía entre la nueva teología.

La eliminación de la Doctrina Social coincidió con el advenimiento de una «teología sociologizada»: la Verdad se reducía a la Historia; la teología se concebía a la vista del cambio social. Nacida en América por «los caminos de la liberación», la nueva teología releía la Biblia a la luz de una lucha que renovaba el éxodo del pueblo de Dios hacia la Tierra Prometida; y las guerrillas, que despejaban el camino hacia una sociedad nueva, no eran otra cosa que los dolores del alumbramiento de un mundo nuevo¹³. Esta teología política era iluminada por una luz escatológica: los caminos de la liberación eran los caminos del futuro, aunque por el momento sólo desembocaran en realidades decepcionantes.

El retorno de la Doctrina Social

La Doctrina Social había sido eliminada al mismo tiempo que la teología que le suministraba sus bases: la verdad sobre el hombre en su relación con Dios y con el prójimo; la verdad sobre Dios mismo y sobre Su Iglesia... Y es al proclamar la Verdad en Cristo y en el hombre cuando Juan Pablo II resucitó en Puebla la Doctrina Social. «La verdad sobre el hombre, esto es el fundamento de la Doctrina Social». Una Verdad supratemporal: el hombre está hecho «a imagen de Dios». Una verdad enraizada en lo Eterno, pero que se desarrolla a través del tiempo, en la historia de las sociedades; historia en la que domina el hombre, aunque haya sido hecha por ella, ya que apunta hacia el más allá, pues procede de arriba.

La teología contempla las Verdades Primarias y de ellas extrae fértiles síntesis. La Doctrina Social resulta de la permanencia de estas Verdades a través de las diferentes situaciones históricas: bajo esta luz, explora las miserias y las grandezas de las sociedades humanas, descubriendo así los principios del compromiso cristiano en la lucha por la justicia y la paz. Por consiguiente, esta lucha es muy diferente de la denominada lucha de clases o de una toma de poder cualquiera. La Doctrina Social ilumina todo lo que se integra en la sociedad; constituye ese conjunto de principios que dirigen y estimulan todos los esfuerzos por realizar, en cada momento de la historia, las exigencias de la justicia social.

Schillebeeckx, preconizaban una lectura profética de los acontecimientos, y el reconocimiento de los «signos de los tiempos» en la convergencia de los «nuevos imperativos».

13. Véase ENRIQUE DUSSEL, *Caminos de liberación*; G. GUTIÉRREZ, *Teología de la liberación*.



En el momento histórico actual, el resurgimiento de la Doctrina Social parece un milagro. La Sociedad, ya sea socialista o liberal avanzada, no ha roto deliberadamente con la religión para constituirse en una sociedad humana, nada más que humana? El primer postulado del humanismo moderno, aun teñido de deísmo o de biblismo, dice que el hombre es el creador de sí mismo. A la Ciencia, a la Democracia pertenece de un modo soberano la construcción del mundo.

Bajo las formas alternativas del laicismo virulento o de la pacífica secularización, el «reino de Dios» ha sido marginado. Una doctrina social de la Iglesia sólo es aceptada en cuanto opinión humanitaria, purificada de su elemento religioso. La nueva sociedad, en materia de religión, se cimenta sobre una «tabula rasa» a partir del hombre solo. Pero el hombre solo no es un hombre. En este sentido, Juan Pablo II inaugura la Doctrina Social de nuestro tiempo reivindicando el derecho del hombre real, del hombre hijo de Dios.

En el discurso de Puebla, una enérgica denuncia del humanismo ateo precede a la entrada en escena de la Doctrina Social¹⁴. De este modo, la Ciencia de lo temporal, aparece junto a la Sabiduría de lo Eterno. En el seno de las ciencias humanas, donde ella misma se elabora, la Doctrina Social manifiesta una exigencia de verdad sobre el hombre en su integridad.

Una antropología integral no puede tratar sobre un hombre amputado de su relación con Dios, imposibilidad aún más evidente en el caso de una antropología social. El hombre, social por naturaleza, desde el mismo instante de su concepción en el vientre de su madre, aparece en relación total de existencia con los demás. Su dependencia con respecto a los que le han engendrado se desarrollará ramificándose a través de las relaciones que constituirán su existencia humana. La sociedad sería el Todo para el hombre si la persona no tuviera una relación aún más fundamental con el Creador.

La relación fundamental con Dios es capital en una doctrina que concierne al hombre en sociedad: establece la persona en todas las relaciones que la constituyen socialmente, vitalmente; la afirma en cuanto sujeto de derechos y deberes inalienables, imprescriptibles, preexistentes a toda voluntad humana; afirma y dignifica, al mismo tiempo que la persona, las relaciones fundamentales que la constituyen en sujeto de derechos también fundamentales; asegura, en fin, el derecho del niño a nacer, a crecer en su familia, y asegura asimismo los deberes y los derechos de la maternidad y paternidad en relación con el ser humano que han engendrado. La relación fundamental con el Creador sostiene todas las demás relaciones que vertebran la existencia social: constituye la base de las comunidades humanas.

14. Discurso de Puebla. D.C. 1979, p. 168 a.

Juan Pablo II ha vuelto a hablar de la Doctrina Social sobre el fundamento de la persona humana proclamado por Pío XII y Juan XXIII, aunque añadiendo a la doctrina de sus predecesores al aspecto nuevo de las relaciones fundamentales que determinan los derechos básicos de la persona. A través de su doctrina, se desarrolla una dialéctica concreta de los derechos del hombre real, que determina las exigencias de la justicia social. Al proclamar en todo ser humano la dignidad de hijo de Dios, esta dialéctica se muestra aguijoneada por el Amor: los sujetos más desamparados de la sociedad son los primeros que considera una justicia social que no es solamente la deuda de cada uno para con el todo social, sino la del todo para con cada uno. Porque el bien común, el bien del todo, es un bien humano: lo que la comunidad debe a las personas constituye el centro del bien común; los derechos fundamentales constituyen, por su parte, el eje de esta dialéctica del bien común, en la cual Juan Pablo II formula su reivindicación de la justicia social.

La atención prioritaria a los pobres no puede excluir a nadie de esta justicia, universal por esencia y revestida de amor. La dialéctica realista del bien común se opone a las dialécticas de lucha surgidas a partir de Hegel y Marx: la lucha por el hombre real disipa las ideologías y se enfrenta con todas las dimensiones de un problema irreductible, desde las sistematizaciones del racismo a la lucha de clases.

La cuestión social convertida en cuestión total

La «cuestión social», en nuestros días, no es tan sólo el problema de un proletariado marginado, es el problema de todos. Y esto es así porque toda la sociedad se halla sometida a la comprensión de un movimiento de liberación-socialización que tiende a una proletarianización general a través de una colectivización total. Frente a las praxis de las ideologías, Juan Pablo II establece las exigencias de la vida, del amor.

La doctrina social de Juan Pablo II, tanto en São Paulo como en Nova Huta, va derechamente a lo básico: quiere que el trabajador examine su vida. La lucha real del obrero no es la lucha de clases, sino la que él afronta cada día en la vida; la del trabajo al que el padre y la madre consagran toda «la fatiga cotidiana del amor». Todo hombre es una persona responsable de la vida humana. Padre o madre, hermano o hermana, su derecho al trabajo se basa en su derecho a la vida y a la vida de los suyos. Ahora bien, puesto que la familia es la cuna de la vida, ella es también la base de la sociedad, y ésta es una verdad permanente que arrostra hoy día el más grande desaffo de la historia.

En la actualidad, la «cuestión social» no es solamente obrera y sindical, es una cuestión total. Con Juan Pablo II, la Doctrina Social de la Iglesia se erige frente a un proyecto de sociedad que destruye la familia y que



arremete contra la vida inocente. Es el hombre entero el que está en peligro de muerte¹⁵.

La muerte del hombre viene de la muerte de Dios. Cuando el hombre ocupa el lugar del Creador, la Creación se vuelve contra él, y el rayo, domado por la «Ciencia», descarga sobre la cabeza de los aprendices de brujos. «Todos nosotros apreciamos el progreso y el bienestar, pero cuando se les erige en dioses muestran su rostro demoníaco»¹⁶. Estas palabras sobrecogedoras no han sido pronunciadas, pero sí escritas y rubricadas con la sangre de su autor.

En este discurso del 13 de mayo, consagrado a la celebración de la primera encíclica social, la cuestión social se trata desde su cimiento. El Papa insiste en el fundamento y ordenación divinos del trabajo humano. El hombre no es más que un creador secundario: «No puede comportarse como si él fuera el soberano exclusivo de la Creación». El hombre debe encontrar en el orden del mundo «la permanencia de Quien lo ha ordenado»¹⁷.

Con respecto a Dios, muchos sufren, desgraciadamente, una especie de «ataque de ceguera»; así pues, «nosotros, los creyentes, deberíamos reprenderlos, para que Su Nombre no esté nunca más rodeado de un silencio sepulcral...». El Papa insiste de nuevo: «Me parece que ha llegado el momento de hablar de Dios como Creador. Quizá encontremos oídos atentos en los hombres que se defienden contra la explotación insolente de la naturaleza, contra esta destrucción de nuestra madre la tierra. Tal vez otros comprendan que la alegría que proviene de un trabajo bien realizado participa de la alegría misma del Creador...»¹⁸.

El hombre que trabaja participa también en la Redención de una naturaleza que, desde la caída, «gime y sufre por los dolores del alumbramiento». «Todo país azotado por calamidades, por la guerra, o devastado por la técnica, puede testimoniarlo: la creación aún espera impacientemente la Redención». Ante estos testimonios acusadores del Idolo del Progreso, los trabajadores cristianos deben dar su propio testimonio del Dios salvador. A través de su ejemplo y de su Palabra, deben cooperar con el obrero de Nazaret, deben anunciar la Buena Nueva. Este discurso del 13 de mayo subraya, pues, el elemento religioso de la «Doctrina Social», el elemento fundamental.

La encíclica del 14 de septiembre se halla penetrada de esta idea de la Presencia Soberana de Dios en el trabajo humano: el hombre no es más que un creador secundario. Como el primer día de la creación, recibe del Creador el Legado con la misión de transformarlo según sus leyes. Esta primacía del Legado constituye un hecho de experiencia:

15. Véase Puebla, 28 de enero de 1979, D.C., 1979; Roma, 13 de mayo de 1981, D.C., 1981, pp. 627-629.

16. Juan Pablo II, discurso del 13 de mayo de 1981, D.C., 1981, p. 629.

17. *Ibidem*.

18. *Ibidem*.

«En toda fase del desarrollo de su trabajo, el hombre se encuentra con el hecho de que todo le es dado principalmente por la naturaleza, o dicho de otro modo, por el Creador en última instancia. En el principio del trabajo humano está el misterio de la Creación»¹⁹.

Está el misterio del Acto Creador que da sentido a todo lo que existe y, especialmente, a todo acto humano. Puesto que trabaja con y como Dios, a «imagen de Dios», el hombre es ciertamente un segundo creador, un «procreador»: su trabajo, aun en el caso de que sea menos perfecto que el de la máquina, posee otro valor, responde a su naturaleza de sujeto responsable que realiza la vocación que le ha sido asignada por el orden divino: «Llenad la tierra y dominadla»²⁰.

Esta Palabra ilumina la filosofía del trabajo desarrollada por la Encíclica, y ordena las cosas de la tierra con destino al hombre. Paralelamente, condena todas las formas de «economismo», concediendo prioridad al trabajo sobre el capital y subordinando el sentido objetivo (material) al subjetivo (humano). Es a la luz de esta Palabra como debemos leer la Encíclica²¹.

La Sagrada Escritura es la fuente de la Doctrina Social. Pero no la única: la sociedad es un hecho natural. Deducir un sistema social, «more geometrico», de un principio extraído de la Biblia sería ignorar la relación de la inteligencia con lo real y violar el orden natural. Es en la observación de los hechos sociales donde la recta razón encuentra el orden de las relaciones humanas. Las relaciones fundamentales que constituyen la familia, la patria, las comunidades culturales y laborales son evidentes. Pero es necesario que la razón humana no pierda el sentido del bien, y especialmente del bien común, pues la Doctrina Social no es una especulación abstracta. Las nociones mismas, como la del bien común, deben referirse a lo real concretándose en la acción: están pensadas para la acción. Sólo el fin último es deseado y contemplado por sí mismo, y él está presente en el fundamento de la Doctrina Social: la verdad es el hombre, «imagen de Dios».

La Doctrina Social de Juan Pablo II reúne dos caracteres aparentemente opuestos; es concreta y fundamental. En ello resuelve la dialéctica de los derechos del hombre real, hace cuerpo con esta dialéctica y participa de su carácter dinámico; sus principios, que no son otros que la verdad de las relaciones humanas fundamentales constitutivas de la sociedad, constituyen su base.

La Doctrina Social, como la dialéctica de los derechos fundamentales, parte de Dios y desemboca en Dios. En las enseñanzas de Juan Pablo II,

19. Encíclica *Laborem exercens* n.º 12, D.C. 1981, p. 843 b.

20. Gen 1, 28, citado por la Encíclica n.º 4, D.C. 1981, p. 837 b.

21. Así como con la guía que suministra la cita anterior, p. 843 b.

la presencia Soberana del Creador es constante a través de la dignidad del hombre, creado «a Su imagen». Sin embargo, esta soberanía, al quedar implícita, corría el peligro de caer en el olvido, y el derecho de Dios en la sociedad podría ser reducido a los derechos del hombre. Resulta imposible caer en este ateísmo social con la dialéctica del hombre real. La Verdad del hombre «entero» apela a Dios, depende de El no como de una idea, de algo Absoluto producido por la inteligencia humana, sino como Creador, como Ser del que todo hombre obtiene su ser²². En esta relación fundamental de existencia, surge una deuda fundamental; deuda que sólo puede ser pagada con el filial reconocimiento del Don de Dios.

La Doctrina Social de Juan Pablo II, como su dialéctica de los derechos fundamentales, se apoya en última instancia en este «orden absoluto de los seres y de los fines» que Pío XII proclama como base de toda sociedad humana²³. El sentido de este orden y el del Ordenador divino aparece en todas las dimensiones de una doctrina, que está impregnada de una antropología integral. Al escuchar a Juan Pablo II, encontramos que tal antropología se desarrolla a la luz de la Revelación, y asistimos al desarrollo solidario, en la vida de la Iglesia, de la Doctrina Social y de la Teología: desde un eclipse común a una común resurrección.

22. La afirmación del derecho de Dios a partir de la verdad del hombre entero aparece con toda su fuerza en los discursos del Brasil: En Brasilia (D.C., 1980, p. 737 a), a los obispos (Río) (D.C., 1980, p. 749 b), en Bahía (p. 777 b).

23. Pío XII, Mensaje de Navidad, 1944.